



## CLAVOS DE COBRE

Un joven creyente constructor de barcos era empleado de un patrón ateo que siempre se había burlado de su profesión de ser cristiano. Muchas veces el empleado había platicado con su patrón, tratándole de convencer de sus errores. Pero siempre su patrón insistía en burlarse del muchacho.

El joven dispuso construir un barco para sí mismo y usar la misma clase de cobre que usaba su patrón ya que el clavo de cobre no se oxida como el clavo de hierro. Pero estos clavos eran caros y el joven no tenía dinero para comprárselos. Cada fin de semana tomaba unos clavos de su patrón, y se los llevaba entre su herramienta.

Una mañana el pastor del joven predicó sobre la necesidad de confesar los pecados, restituir al agraviado y enmendar ofensas contra el prójimo. Durante el mensaje el joven se sintió ladrón. Él sabía muy bien que lo que estaba haciendo en cuanto a los clavos era pecado, pero procuraba justificarse. ¿Pero qué podría hacer ahora? Seguramente si confesara su pecado a su patrón ateo, mayor razón tendría él de burlarse de su empleado y así se confirmaría en su falta de respeto para todo el cristianismo.

Pero el pastor aconsejó al joven hacer su confesión. Pasadas dos semanas cuando el joven llegó de nuevo a la iglesia, el pastor notó una sonrisa en el rostro de su feligrés – que la carga se le había quitado – él se había librado por fin de los clavos de cobre. El ladrón había pedido perdón de Dios. Enseguida juntó los clavos que no había usado todavía y los devolvió a su patrón con una confesión plena y una oferta de pagar los que él había utilizado.

El patrón miró al joven seriamente y le dijo: “Toda la vida he creído que tú has sido hipócrita y que tu religión era puro engaño, pero ahora estoy convencido que tú tienes algo que vale la pena”.

El patrón contó la historia a su esposa aquella noche y ella contestó: “Yo tengo un clavo en mi conciencia. El carnicero se equivocó y me dio de más en el vuelto. Se lo devolveré mañana mismo”.

Así lo hizo ella y le contó al carnicero la historia de los clavos que le motivó devolver el vuelto. El carnicero fue muy conmovido y se lo contó al predicador que le estaba visitando en su casa a quien le tocaba predicar a los estudiantes secundarios en el colegio el día siguiente. En su mensaje el predicador contó la historia de los clavos de cobre y los centavos que regresaron al carnicero. Después, el director del colegio telefoneó al predicador para contarle que más de cincuenta plumas fuentes, lápices, libros y cosas por el estilo también habían sido devueltos a sus dueños.

Quitemos los clavos de cobre de nuestra conciencia y veamos si Dios no nos ha de bendecir. Si tú has robado algo, devuélvelo; si has defraudado a alguien, arréglalo; si guardas algún rencor, si eres criticón o chismoso, arregla las cosas. ¿Clavos de cobre en la conciencia? ¡Oh cuán grande alivio es quitarnos sus molestias!

-Traducido de un tratado